

CLARA MURGUIALDAY Y NORMA VÁZQUEZ

Género y reconstrucción posbélica

Las experiencias y reclamaciones de las mujeres están ausentes en los procesos de paz. Como colectivo, nunca han participado en los procesos de toma de decisiones referidas al desencadenamiento o final de un conflicto bélico. Sin embargo, la guerra trastoca sus funciones, les proporciona en muchas ocasiones más autonomía y capacidad de decisión y les permite vivir experiencias que no habrían sido posibles en tiempo de paz. En este artículo se analizan algunos aspectos del complejo proceso de ruptura y recomposición de las relaciones de género en situaciones de posguerra. Los conflictos armados ocurridos durante los años setenta, ochenta y noventa en los países centroamericanos (El Salvador, Guatemala y Nicaragua) y el más reciente desatado en Chiapas (México), son los referentes.

Clara Murguialday es economista y trabaja como consultora y formadora en temas de género y desarrollo. Norma Vázquez es psicóloga y colaboradora de la organización feminista salvadoreña Las Dignas

“¡Qué gran lujo poder escoger el mejor tiempo y lugar! Nosotras teníamos que aprovechar cualquier pequeña oportunidad que se nos presentara!”¹ Con estas palabras manifestaba su impotencia una airada mujer saudí ante la lógica aplastante de su marido, que la instaba a moderar sus reivindicaciones feministas en una situación de crisis nacional, argumentando que su radicalidad podía desatar las furias conservadoras y provocar una fractura social que llevaría a todos al peligro, al caos.

La impotencia de esta mujer es reflejo de la que siente el colectivo femenino, destinatario más frecuente de los llamados a pensar en el interés general y posponer sus intereses particulares para mejores momentos. ¿Puede alguien explicar a las mujeres afganas que la muerte en vida a que están condenadas por el régimen talibán no es un asunto prioritario de derechos humanos? ¿Cómo se convence a las 30.000 mujeres violadas en la guerra de Bosnia de que su demanda de justicia es un interés particular? ¿Se puede mirar a la cara a las mujeres salvadoreñas

¹ Jean Sasson, *Sultana*, Plaza y Janés, Barcelona, 1992, p. 273.

En el entusiasmo que genera el cese de los disparos se olvida a las mujeres

que expusieron su vida durante la guerra y decirles fríamente que renuncien a su aspiración de poseer tierra y vivienda porque, como el bien es escaso, hay que dar prioridad a los hombres para evitar que queden en el desempleo?

Las palabras de Sultana, la mujer antes citada, son muy elocuentes. Son pocas las mujeres que están en capacidad de decidir el mejor momento y lugar para su lucha, de la misma forma que casi ninguna está en posición de detener un conflicto bélico aunque cientos de miles se vean involucradas en esos desastres humanos que arrasan sus vidas, las llevan a actuar de maneras que nunca se imaginaron, a probar sus fuerzas y conocer sus debilidades...

No es difícil constatar que las experiencias femeninas están ausentes en los procesos de reconstrucción posbélica. En el entusiasmo que genera el cese de los disparos se olvida a las mujeres; en la demanda de perdón y olvido que suele seguir a la firma de los acuerdos de paz, se ignoran sus dolores emocionales; en los programas para reconstruir un país deshecho por la guerra siempre hay intereses generales más urgentes que los específicos de las mujeres.

Esta ausencia no es casual. Las mujeres, como colectivo, nunca han tomado parte en las decisiones sobre cuándo, cómo y por qué desencadenar un proceso bélico. Tampoco en las decisiones sobre cuándo y cómo detenerlo. Consideradas, por el resto de agentes sociales y políticos, como víctimas de los conflictos armados y sufridoras pasivas de sus efectos de destrucción y muerte, nunca se tiene en cuenta que las mujeres viven las experiencias de guerra y posguerra coloreadas por las relaciones de género en que están inmersas. Tampoco abundan las reflexiones sobre cómo los conflictos bélicos y los procesos de reconstrucción impactan en el andamiaje que sostiene las desigualdades entre las mujeres y los hombres.

Realidades trastocadas ²

Los conflictos armados centroamericanos se caracterizaron por ser guerras civiles que enfrentaron proyectos políticos diametralmente opuestos. El proyecto revolucionario de las diversas organizaciones que encabezaron la lucha armada (FSLN en Nicaragua, FMLN en El Salvador, URNG en Guatemala y EZLN en Chiapas)³ tenía como objetivo cambiar las estructuras políticas, terminar con la explotación burguesa y construir el socialismo. Para ello se impulsó la construcción de organizaciones de masas, partidos y ejércitos revolucionarios que ejercieron un férreo control sobre sus integrantes y la población adepta. Sin embargo, no pudieron ejercer ese mismo control sobre los efectos que la guerra estaba ocasionando en las relaciones entre hombres y mujeres. Y es que, a pesar de que la lucha central

² Las reflexiones aquí expresadas tuvieron un punto de arranque con la realización del Foro Regional llamado Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas, realizado en San Salvador en diciembre de 1995. Las memorias de ese foro se encuentran en el libro *Montañas con recuerdos de mujer*, Las Dignas, San Salvador, 1996.

³ FSLN: Frente Sandinista de Liberación Nacional.
FMLN: Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.
URNG: Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca.
EZLN: Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

era contra la pobreza y la falta de espacios para la libre expresión política, sus ondas expansivas llegaron hasta otros aspectos de la vida de la población más afectada por el enfrentamiento armado.

La pobreza de los países centroamericanos es un dato conocido y reiterado. Con menos fuerza se ha subrayado que en estas sociedades las relaciones de género son marcadamente asimétricas y la opresión de las mujeres llega a niveles extremos. Se ignora abiertamente que si las tasas de analfabetismo son altas entre la población en general, lo son más entre las mujeres; que la tasa de desempleo es mayor entre la población femenina; que las indígenas guatemaltecas y chiapanecas trabajan como empleadas domésticas en condiciones de semiesclavitud en las casas de la población mestiza; que existen más de 50.000 madres salvadoreñas que no reciben pensiones alimenticias de los padres de sus criaturas... Tampoco suele señalarse la presión cotidiana que viven las mujeres para mantenerse vírgenes, para casarse a temprana edad, para procrear, para perdonar las infidelidades de sus parejas y los malos tratos, para impedir su participación en los espacios de decisión política y en el manejo del dinero.

Obviamente, las guerras revolucionarias no se iniciaron por estos "problemas de género". Aunque algunas de sus manifestaciones más discriminatorias fueron contempladas en los programas revolucionarios, se consideraba que al eliminar la pobreza serían resueltas, como fichas de dominó que caen en cascada al mover la pieza central. Mientras esa esperanza era postergada para cuando triunfara la revolución, los conflictos armados alteraron notablemente la vida cotidiana de las mujeres. La familia, espacio privilegiado de la identidad y la realización femeninas, se rompía; las casas se venían abajo (literal y simbólicamente); el cuidado de los hijos e hijas se volvía imposible: se iban con la guerrilla, se los llevaba el ejército; sus hombres se iban a los frentes de guerra o habían muerto asesinados o estaban exiliados o desaparecidos. Las mujeres quedaban a merced de sus propias fuerzas y de la ayuda externa.

Es necesario denunciar todos los impactos negativos de las guerras en la población civil (muerte, violencia, desplazamientos internos, refugio y destrucción), pero también hay que señalar que estas situaciones posibilitaron a muchas mujeres el descubrimiento de fortalezas hasta entonces ignoradas. Miles de refugiadas guatemaltecas en México tuvieron acceso, por primera vez, al aprendizaje del castellano, lo que les permitió ejercer el comercio, obtener ingresos y manejarlos ellas mismas. Las colaboradoras salvadoreñas del FMLN (más de 60.000) mostraron su capacidad para sostener a la guerrilla durante doce años. Muchas indígenas chiapanecas fueron capaces de desafiar la tradición y decidir por ellas mismas con quién casarse.

Cuando los papeles de las mujeres se trastocan, las relaciones de género también se ven afectadas. La división del trabajo basada en el sexo se transforma como resultado de la ausencia o disminución de la población masculina, que obliga a las mujeres a hacerse cargo de la producción. La composición de la familia cambia y las mujeres disfrutan, de repente, de mayores niveles de autonomía y capacidad de decisión (también, es evidente, de mayores responsabilidades y cargas laborales). Las figuras masculinas ya no detentan el monopolio en los espacios de decisión, en la casa o la comunidad.

En resumen, las guerras centroamericanas provocaron rupturas en el orden de género que durante siglos había enmarcado rígidamente las vidas de las mujeres y abrieron fisuras en el dominio masculino, por donde se filtraron ráfagas de libertad y empoderamiento, personal y colectivo. Las mujeres dejaban de ser únicamente úteros disponibles para parir sin descanso o figuras silenciosas que se mueven diligentemente en la cocina y no salen nunca solas a la calle.

Experiencias paréntesis

Esta nueva realidad fue la vida vivida por varios miles de mujeres centroamericanas, aunque la mayoría de ellas apenas tuvo posibilidades de reflexionar sobre sus consecuencias y trascendencia. Un primer obstáculo provino de la propia dinámica bélica, poco favorecedora de los espacios y tiempos para el análisis de los efectos que la guerra causa en el tejido social y en las relaciones humanas. El segundo impedimento fue el escaso interés político que suscitaban, y aún suscitan, las cuestiones referidas a las relaciones de género en quienes toman las decisiones, dedicados más bien a la discusión de estrategias políticas y militares. También operó la profunda convicción de que la guerra es, ante todo y sobre todo, un acto destructivo del que ningún resultado positivo puede derivarse.

Por la imposibilidad de reflexionarlas e integrarlas creativamente en sus vidas, las vivencias propiciadas por la guerra se convirtieron en experiencias "paréntesis": situaciones que se aceptan con resignación, como consecuencia inevitable de un determinado contexto y que sólo pueden ser explicadas dentro de él.

Durante su estancia en los frentes de guerra, las guerrilleras salvadoreñas vivieron rupturas, a menudo dramáticas, de sus convicciones en el terreno de la moral sexual; una experiencia incómoda de recordar cuando llegaron los tiempos de posguerra. Las mujeres refugiadas (salvadoreñas en Honduras y guatemaltecas en México), que vieron fortalecida su autonomía personal al disminuir la presencia, real y simbólica, de sus hombres ¿estaban preparadas para enfrentar el hecho de que sus conquistas se perderían en cuanto los hombres volvieran al hogar? Muchas mujeres involucradas en los procesos revolucionarios viajaron, conocieron otros estilos de vida y otras formas de ser mujer; por sus convicciones y su compromiso de lucha pospusieron embarazos, controlaron su fertilidad, recurrieron al aborto, saltaron las barreras de lo prohibido en el terreno sexual y maternal... En su momento prefirieron no pensar en lo que hacían ni por qué lo hacían; sencillamente, vivían la guerra.

Aunque las imágenes exhibidas por los aparatos de propaganda suelen presentar a las mujeres o como víctimas pasivas del conflicto o como mujeres nuevas (cargando el fusil en un brazo y el hijo en el otro), la realidad de las mujeres durante las guerras no se ajusta a estos interesados estereotipos. Ellas viven sus nuevas funciones y comportamientos con mucha angustia e incertidumbre, que además aumentan cuando, terminada la guerra, esas experiencias quedan en el olvido o se ven reducidas a la consideración de situaciones extremas justificadas en el contexto de la guerra.

Tras los acuerdos de paz se cierra el paréntesis

La falta de análisis sobre la forma en que las guerras modifican el orden de género previamente existente se cobra una alta factura cuando cesa el conflicto bélico. Para empezar, los acuerdos de paz tienden a ignorar tanto la participación y necesidades de las mujeres como los cambios ocurridos en las relaciones de género. En febrero de 1992, a dos semanas de firmados los acuerdos entre el FMLN y el Gobierno salvadoreño, un nutrido grupo de mujeres reunido en un encuentro nacional decidió hacer pública la presencia femenina en dichos acuerdos: el resultado fue una página en blanco en un periódico de circulación nacional.

Los planes para reinsertar en la vida civil a los y las combatientes se dirigen mayormente a los hombres (de la guerrilla o del ejército), a quienes se da prioridad en el acceso a los programas de transferencia de tierras, becas de estudio o adjudicaciones de lotes para vivienda. Aunque las Comisiones de la Verdad reconocen la violación como un atentado grave a los derechos humanos de las mujeres, no establecen mecanismos para indemnizar a las víctimas, económica y socialmente. Tampoco se destinan recursos a apoyar la integración social de las mujeres desplazadas, retornadas o colaboradoras de la guerrilla, aunque la mayoría de los sobrevivientes de los conflictos armados son mujeres, con hijos e hijas a los que tendrán que sacar adelante solas.

En este sentido, resultan de nuevo ilustrativos los datos de El Salvador: cuando acabó la guerra, el 80% de las mujeres guerrilleras desmovilizadas tenían hijas e hijos menores de 12 años y el 29% eran jefas de hogar. Sin embargo, las políticas de reinserción no tuvieron en cuenta esta realidad: la mayoría no fueron beneficiarias del Programa de Transferencia de Tierras ni recibieron una capacitación laboral que las preparara eficientemente para el mercado de empleo. Un estudio realizado en 1995 por la Fundación 16 de Enero (adscrita a las organizaciones del FMLN) mostró que la mayoría de las ex guerrilleras se había reinsertado masivamente... en el hogar.

Es cierto que, después de años de violencia bélica, la mayoría de las personas afectadas está deseando que todo acabe y volver a tener una vida "normal". Pero, ¿a qué normalidad se quiere volver? Es posible que la mayoría de los hombres quiera recuperar la normalidad de antes, es decir, la de la situación previa al conflicto donde tenían una retaguardia afectiva asegurada; ellos regresan exhaustos del combate y aspiran a encontrar un hogar donde nada haya cambiado porque, al fin y al cabo, su lucha no pretendía alterar el funcionamiento de ese ámbito.

Las mujeres, por su parte, también anhelan una normalidad que les permita vivir en paz, que aleje la muerte como amenaza y les conceda la posibilidad de pensar en el futuro. Pero es muy previsible que, en esa normalidad recuperada, quieran incluir algunos de los cambios y nuevos aprendizajes realizados durante la guerra. Cuando las refugiadas salvadoreñas y guatemaltecas regresaron a sus comunidades no querían renunciar a la autonomía ganada en el refugio y muchas de ellas soñaban con seguir al frente de proyectos productivos que les permitieran obtener pequeños ingresos; las jóvenes soñaban con seguir estudiando y

*Los planes
para
reinsertar en
la vida civil a
los y las
combatientes
se dirigen
mayormente a
los hombres*

muchas pensaban que los nuevos aires de libertad y poder de decisión sobre sus vidas no sólo debían afianzarse en tiempos de paz, sino que se harían más fuertes y más grandes.⁴

Estas diversas —y casi siempre conflictivas— expectativas sobre lo que significa volver a la normalidad producen mayor tensión en las relaciones de género durante la posguerra, a menudo agravada por las secuelas de la cultura militarista, los efectos de la traumatización extrema, la abundancia de armas ligeras en manos de la población y el retorno a las comunidades de los heroicos combatientes, más proclives a imponerse por la fuerza que a negociar.

Transcurridos unos años, bastantes mujeres se ven obligadas a abandonar sus aspiraciones de cambio, al constatar que la normalidad deseada por sus seres queridos se traduce, para ellas, en el retorno a sus papeles tradicionales de domesticidad y sumisión. Para las que no renuncian a lo logrado y aspiran a que la paz les permita seguir avanzando, las consecuencias suelen ser muy onerosas: el incremento de la violencia de género y las formas más gravemente lesivas en que se manifiesta durante las posguerras, el aumento de los hogares encabezados por mujeres y el fenómeno de la irresponsabilidad paterna, son algunos de los costes pagados por las mujeres, cuando los programas de retorno a la normalidad no toman en consideración los nuevos focos de tensión entre las mujeres y los hombres.

Para terminar con la ausencia

Ausencia es el concepto que mejor expresa la manera en que las mujeres participan en los procesos de reconstrucción posbélica:

- Ausencia física de mujeres en las mesas negociadoras de la paz y en los espacios donde se decide cómo y cuándo terminar la guerra.
- Ausencia —literal y simbólica— de sus demandas específicas en la letra y el espíritu de los acuerdos de paz.
- Ausencia de reconocimiento a sus aportes en la lucha por los desaparecidos, los derechos humanos y la paz.
- Ausencia de sus denuncias, vejaciones y dolores en los informes de las Comisiones de la Verdad.
- Ausencia de sus organizaciones en el diseño de las políticas de reconstrucción.
- Invisibilidad de los esfuerzos que a diario realizan por la reconciliación familiar y social.
- Ausencia de análisis de género a la hora de evaluar los impactos sociales de las guerras y los procesos de reconstrucción.

⁴ Como parte de un programa apoyado por dos ONG estadounidenses (Centro Internacional de Investigaciones sobre la Mujer y Centro para Actividades de Desarrollo y Población) se llevaron a cabo dos investigaciones sobre las experiencias de las mujeres salvadoreñas refugiadas en Honduras y guatemaltecas refugiadas en México. La experiencia de las primeras se encuentra en Norma Vázquez, *Las mujeres refugiadas y retornadas*, Las Dignas, San Salvador, 2000.

¿Es esta ausencia de las mujeres y de sus intereses en el diseño de la reconstrucción posbélica lo que explica la apatía y el desaliento que muchas expresan en tiempos de posguerra? Si la paz, un bien anhelado después de años de destrucción, no es capaz de potenciar sus logros y de asentar los cambios ocurridos en las relaciones de género, ¿qué queda por hacer? ¿hacia dónde mirar?

Los movimientos de mujeres —con una fuerte influencia feminista no siempre reconocida, por el prejuicio de la izquierda y la derecha ante esta propuesta— son la nueva esperanza de la reconstrucción posconflicto en Centroamérica. Tímidos, frágiles, tienen que superar recelos y desesperanzas, están agobiados de demandas y con escasos recursos pero son, sin embargo, el fenómeno emergente en los procesos de transición democrática en la región.

Estos movimientos pueden afrontar el reto de reconstruir la memoria histórica de la guerra desde la perspectiva de las mujeres y mostrar los dolores invisibles de quienes, en apariencia, nunca realizaron grandes actos de heroísmo. Al mismo tiempo, son los espacios de contención más idóneos para rescatar las experiencias paréntesis de las mujeres durante el conflicto, reflexionar sobre ellas y convertirlas en argumentos para el crecimiento personal y colectivo.

Ahora bien, las organizaciones de mujeres no podrán ejercer esta función sanadora de las heridas del conflicto si no reciben apoyo, también financiero, de quienes tanto pregonan —desde las instituciones de ayuda de emergencia y de la cooperación para el desarrollo— el importante papel de las mujeres en la construcción de la paz y la reconstrucción. Además, construir una paz positiva que evite futuros conflictos armados requiere de las instituciones y agentes sociales una voluntad política de cuestionar las desigualdades de género (también otros vectores de desigualdad social) y las actitudes poco pacíficas asociadas a la masculinidad.

Es tarea ineludible de la reconstrucción enfrentar las actitudes jerárquicas y militarizadas heredadas de la guerra con roles e identidades pacíficas, participativas y democráticas. Los movimientos de mujeres pueden desarrollar un importante papel como impulsores de una recomposición —emocional y relacional— de las vidas de mujeres y hombres, cuyo impacto en las relaciones de género quizás sólo pueda vislumbrarse en el medio y largo plazo, en las próximas generaciones.